

HACER LA POLÍTICA NUEVAMENTE PENSABLE

UNA RESEÑA SOBRE *THINKING ANTAGONISM: POLITICAL ONTOLOGY AFTER LA CLAUDE OLIVER MARCHART*

PAULA BIGLIERI

*Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires
paulabiglieri@hotmail.com*

GLORIA PERELLO

*Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires
g_perello@hotmail.com*

ABSTRACT

This article introduces a critical comment on Oliver Marchart's book *Thinking Antagonism. Political Ontology after Laclau*. The authors identify how Marchart, while assuming the same political aim as his mentor Ernesto Laclau – i.e. 'to make politics thinkable again' –, does so from an 'eccentric' place in regard to the philosophical field. Indeed, Marchart's main objective is to put antagonism back into its place. Why should antagonism be put back into its place? Because Laclau would have displaced it from the previous ontological status that he himself – along with Chantal Mouffe – had given to it when he later introduced the notion of dislocation.

The authors propose a psychoanalytical reading of Laclau's work arguing that psychoanalysis also allows to decipher the fundamental place that antagonism has in the theory of hegemony. From this perspective they set out to think antagonism from the theory of knots, thereby specifying the notion of contingency and the subject's place and considering how affection is at the basis of Laclau's theory.

KEYWORDS

Affection, contingency, subject's place, psychoanalysis, Laclau, Marchart.

I.

Estamos ante la publicación de un texto de lectura indispensable. No solamente para los lectores o estudiosos de la obra de Ernesto Laclau, sino también para todos aquellos que están interesados en el quehacer filosófico, o como lo propone Oliver

Marchart en un *pensar* impulsado por la ineludible implicación en lo político. Marchart es un digno discípulo de Laclau: ejerce un tratamiento riguroso sobre el texto y al mismo tiempo asume el status político de su intervención. Pensar, entonces, es un acto que sólo es posible hacer con otros, con otras, no es una empresa solipsista, en donde el pensamiento se solaza en la propia reflexión. De hecho nosotras estamos respondiendo a una invitación para hacer una lectura crítica de su texto —así como en su momento co-editó junto a Simon Critchley el *Laclau: a Critical Reader*¹— Marchart propone un pensar con otros, con otras, que, como práctica política se trate de una actividad colectiva, un pensar implicado y situado en el campo de fuerzas de lo social atravesado por antagonismos y como práctica académica, que resulte consistente, de manera tal de trazar un camino que lleve a un punto en donde las certezas filosóficas colapsen (2019: 29).

Decimos que Marchart es un digno discípulo de Laclau, si vemos el libro *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política* (2008),² allí Laclau recoge cuatro ensayos en los que sucesivamente discute con Slavoj Žižek, Alain Badiou, Giorgio Agamben y Michael Hardt y Antonio Negri, con notable erudición y haciendo gala de su puntillosidad académica señala divergencias y puntos de coincidencias para establecer su propia posición respecto del mapa teórico que junto a estos autores conforma y que denomina como “el reciente debate político de la izquierda” (Laclau, 2008: 11). En la introducción de dicho volumen afirmó:

Detrás de cada una de las intervenciones de este volumen hay, de mi parte, un proyecto único: retomar la iniciativa política, lo que, desde el punto de vista teórico, significa *hacer la política nuevamente pensable*. A esta tarea ha estado destinado todo mi esfuerzo intelectual. Es para mí un motivo profundo de optimismo que después de tantos años de frustración política nuestros pueblos latinoamericanos estén en proceso de afirmar con éxito su lucha emancipatoria. Es este nuevo horizonte histórico el que ha estado en la base de mi reflexión al escribir estos ensayos. (Laclau, 2008: 12).³

“Hacer la política nuevamente pensable”, ¿no es acaso también la empresa que Marchart se propone para su libro, con la diferencia de que ahora se trata de un ‘hacer pensable la política’ desde un lugar “excéntrico” (que está al mismo tiempo “por arriba” y “por abajo”) respecto del campo filosófico interrogando el propio sentido del pensar? Lo que Laclau revela además a través de esta cita es su pertenencia a la tradición irreverente del pensamiento crítico latinoamericano. Es lo que Marchart capta —aunque no lo plantee en estos términos— cuando narra su inicial

¹ Critchley, Simon and Oliver Marchart (eds) (2004), *Laclau: A Critical Reader*, London and New York: Routledge.

² Laclau, Ernesto (2008), *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*, Buenos Aires: FCE.

³ Laclau aquí está haciendo referencia a los procesos populistas latinoamericanos de fines del siglo XX y comienzos del XXI. El énfasis añadido es nuestro.

asombro al momento de editar el *Laclau: A Critical Reader* y encontrar que Laclau, en lugar de escoger como portada de dicho libro la fotografía que mostraba el estado desastroso en el que quedó después de un atentado su oficina de editor en jefe del periódico *Lucha Obrera*, eligió la imagen de la fachada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.⁴ Porque para Laclau “la universidad era cabalmente una arena política y, al mismo tiempo, un refugio completamente dedicado a la academia. Por lo tanto, la fachada barroca de su *alma mater* debe haberle parecido tanto un símbolo de la academia como de la militancia política” (Marchart, 2019: 216).⁵ Quien haya transitado las aulas de las universidades públicas latinoamericanas sabe de su tradición crítica, que se enraíza en una concepción singular respecto de la academia y su imbricación en el campo de lo social. Para muchos académicos formados en Latinoamérica la universidad pública es el espacio para asumir el compromiso de la ética militante ya que alberga en sí el legado democrático popular aunado a la rigurosidad academicista. Así es cómo, en la medida en que Marchart comprende en toda su dimensión el pensamiento de Laclau, sostiene que “al contrario de lo que algunos críticos afirman cuando lo acusan de formalismo o excesiva abstracción, la práctica de teorizar lejos está de desconectarse de la práctica política. Por el contrario, la práctica de Laclau une el conocimiento académico con la militancia política” (2019: 28). Nuevamente: ¿acaso no es la huella de este gesto laclausiano la que atraviesa el texto de Marchart? Porque para Marchart pensar es un imperativo político (y agreguemos un implícito llamado a sus colegas) “actúa como si pudieras activar lo que te activa” (2019: 196), esto es:

(...) aquello que nos da vida como actores políticos, el antagonismo, debe ser traído a la vida por nuestras acciones. Debe ser provocado, a título de la política, si la naturaleza contingente y conflictiva de lo social, que de otro modo permanece escondida bajo las rutinas sociales y las instituciones, se ha de hacer evidente. *Pensar el antagonismo, en el sentido político del pensar, es provocar el antagonismo –y, a su vez, permitirnos ser provocados por el antagonismo. He usado el término “intervención reflexiva” para la práctica –colectiva, organizada, estratégica, contenciosa y partisana– del pensar por el cual la política real se pliega en la teoría.* (Marchart, 2019: 209).

Marchart llega a la conclusión respecto de este pensar porque antes dio en el clavo y pudo dilucidar que el secreto guardado de la teoría de la hegemonía que Laclau presentó junto con Chantal Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista*.

⁴ La portada de *Laclau: A Critical Reader*, reproduce la fotografía del edificio de la calle Viamonte 430 de la ciudad de Buenos Aires en donde funcionó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y hoy aloja al Rectorado de la universidad.

⁵ La traducción del texto de Marchart *Thinking Antagonism...* para todos los casos es nuestra.

Hacia una radicalización de la democracia (1985) es el antagonismo.⁶ Por este motivo, el objetivo central del texto es poner al antagonismo nuevamente en su lugar y para ello se trata de desarrollar la noción de antagonismo que, según Marchart, no ha sido exhaustivamente trabajada. ¿Por qué, según Marchart, hay que poner el antagonismo nuevamente en su lugar? Porque Laclau lo habría desplazado del *status* ontológico que originalmente le otorgó en *Hegemonía...* cuando en su texto posterior *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990)⁷ introdujo la noción de dislocación. Y en este derrotero argumentativo es en donde Marchart demuestra que no es solamente un discípulo de Laclau, porque es ya –sin dudas– un pensador con *status* propio que va más allá de Laclau, aunque lleve en su escritura las huellas indelebles de su maestro.

En nuestra opinión, Laclau cumplió en buena medida su propósito de “hacer la política nuevamente pensable e intervenir en las luchas populares emancipatorias”, a la vez propició que avancemos hacia nuestros propios derroteros. Ya hemos mencionado -tal como lo hace el propio Marchart- que él avanza en estos derroteros ubicándose en un lugar “excéntrico” respecto de la filosofía, aunque debemos agregar que ese lugar “excéntrico” está al mismo tiempo imbuido de la tradición heideggeriana. Entonces, es desde allí que identifica un problema (la degradación del *status* ontológico del antagonismo que el propio Laclau habría realizado) y se propone avanzar hacia una solución (devolverle su lugar).

II.

En este punto es en donde queremos intervenir pero desde otra perspectiva, la del psicoanálisis. Las lecturas psicoanalíticas del trabajo de Laclau también permiten desentrañar el lugar fundamental que tiene el antagonismo en la teoría de la hegemonía.

Lo primero que debemos mencionar es que aquello que desde una lectura heideggeriana constituye un problema, no lo es tal desde una lectura psicoanalítica. Marchart dice que la cuestión radica en que:

(...) él se retractó de la idea de que el antagonismo es de una primacía ontológica al introducir una noción más: la dislocación. La dislocación -un equivalente aproximado del real lacaniano como aquello que perturba las leyes de lo simbólico (del lenguaje o de la sociedad), pero, justo como el real lacaniano, sin resonancia política- debe ser supuestamente ubicada en un nivel ontológico aún más profundo. El valor ontológico

⁶ Laclau, Ernesto and Mouffe, Chantal (1985), *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, London and New York: Verso.

⁷ Laclau, Ernesto (1990), *New Reflections on the Revolution of Our Time*, London and New York: Verso.

del antagonismo quedó entonces reducido a una respuesta discursiva particular frente a una dislocación más primaria. (2019: 24).

Pero “el antagonismo está implicado en todo sistema significativo, no solamente en los discursos políticos que construyen su afuera como ‘el enemigo’” (Marchart, 2019: 25). El problema con el movimiento de Laclau al introducir la dislocación como categoría primaria y, en ese sentido, como fuente del antagonismo sería que deja a este último acotado a un sentido estrecho: la construcción de un enemigo. Es decir, el antagonismo quedaría así desplazado a un segundo plano y, en consecuencia, reducido a las expresiones ópticas de formaciones políticas hegemónicamente articuladas según los diversos contextos socio-históricos. En este caso si hay antagonismos es porque la sociedad o todo orden se encuentra desde el vamos dislocado. De esta manera, el mismo Laclau estaría diluyendo su propia ontología política, que inicialmente la había presentado junto con Mouffe, y que significaba que todo orden o en palabras de Marchart que “la sociedad es instituida políticamente y ser instituido políticamente significa se instituido a través del trabajo de la negatividad, estos es, el antagonismo” (2019: 23). ¿Por qué es este un problema para Marchart? Porque si ponemos al antagonismo como la derivación de una dimensión más primordial (la dislocación), estamos también colocando a lo político en un lugar secundario y quitándole todo su carácter ontológico en la medida en que pasa a ser una consecuencia de una instancia anterior que carece de cualquier tipo de “resonancia política”. En todo caso, la política surgirá si esa dislocación primordial puede ser construida como un antagonismo a través del juego de las lógicas de la equivalencia y la diferencia, que son en definitiva las que hacen a la hegemonía. La solución de Marchart es no perder de vista el incesante juego de la diferencia ontológica: el Antagonismo con mayúscula y en singular para dar cuenta de su dimensión ontológica, es decir, el plano de lo político, y los antagonismos en plural y minúscula para dar cuenta de las diversas expresiones ópticas en contextos históricamente dados, el plano de la política. En definitiva, si hay dislocación, si la sociedad está dislocada es porque está instituida antagonísticamente y no al revés.

El análisis que nosotras podemos hacer desde una perspectiva psicoanalítica, si bien coincidimos en que resultaría problemático tal como señala Marchart otorgarle primacía a la dislocación respecto del antagonismo, nos permite plantear la cuestión en términos diferentes. En realidad para ser precisas desde una lectura lacaniana de Laclau, no tenemos este problema, porque antes que pensar la introducción de la dislocación como un desplazamiento del lugar del antagonismo, que le quita su cariz ontológico político, lo que tenemos son dimensiones que se anudan.

Marchart pone en equivalencia a la dislocación con lo real lacaniano. Eso es así si sólo consideramos ubicar el real en relación con la dimensión simbólica, quedando de esta manera lo real expresado como falta, como falla en lo simbólico. Pero lo real también puede quedar expresado como exceso, en su dimensión de goce. Aunque en “lo real” no falta ni sobra nada, el hecho de habitar el lenguaje

produce esta “esquicia” en el modo de experimentar el mundo para el ser hablante. Remitiéndonos a la última enseñanza de Lacan, una expresión de esta escisión en es la trilogía imaginario, simbólico y real en la que se anuda la realidad para el *par-lêtre*, (su traducción literal al castellano sería “hablante ser”, en referencia al ser viviente, el viviente que habla). Ninguna de estos tres tiene una primacía sobre los demás, quedan conformados como un nudo borromeo, en el cual real, simbólico e imaginario consisten en tres cuerdas absolutamente distintas, anudadas de modo tal que al romperse una de ellas se desligan las otras dos, cualquiera sea el redondel que se corte. Nosotras hemos leído lo real en la obra de Laclau como antagonismo, dislocación y heterogeneidad social, como lo real en relación con lo imaginario, lo simbólico y lo real respectivamente.⁸ Y aquí también podemos hacer esta distinción entre Antagonismo con mayúsculas y los antagonismos. El Antagonismo desde nuestra perspectiva sólo puede ser entendido como un anudamiento entre los antagonismos, la dislocación y lo heterogéneo social.

Debemos señalar además que este último término, nos resulta crucial para comprender al afecto como factor político, si queremos avanzar hacia una “teoría de la afectología” tal como lo propone Marchart (2019: 103). Aunque la heterogeneidad social no ha sido mencionada en el libro que hoy estamos comentado, Marchart no desconoce el alcance de este término. En su artículo “En el nombre del pueblo. La razón populista y el sujeto de lo político”,⁹ presenta lo heterogéneo social en Laclau rastreando su fuente en Bataille:

Laclau sigue a Bataille (2000) al llamar heterogeneidad al “otro lado” del orden homogéneo de diferencias. En la definición laclauiana, lo heterogéneo es algo imposible de integrar en el juego hegemónico entre diferencia y equivalencia: no pertenece al orden homogéneo de diferencias porque entonces, obviamente, no sería heterogéneo; y tampoco pertenece al orden de equivalencia antagónica, pues entonces habría adquirido un nombre y nuevamente pertenecería al orden de significación. (2006: 53).

La heterogeneidad social es introducida por Laclau en *La razón populista* (2005)¹⁰, texto en el que exploró la cuestión del afecto en sus dimensiones imaginarias y simbólicas en términos de identificaciones e idealizaciones (siguiendo a Freud en la constitución de agrupamientos sociales con un o una líder) y dejó abierto el camino para problematizar la cuestión del afecto en relación con lo real en términos

⁸ Biglieri, Paula and Perelló, Gloria (2011), “The Names of the Real in Laclau’s Theory: Antagonism, Dislocation and Heterogeneity”, *Filozofski vestnik*, Volume XXXII, Number 2, pp. 47-64, Ljubljana.

⁹ Marchart, Oliver (2006), “En el nombre del pueblo. La razón populista y el sujeto de lo político”, *Cuadernos del CENDES*, vol. 23, núm. 62, mayo-agosto, pp. 37-58, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

¹⁰ Laclau, Ernesto (2005), *La razón populista*, Buenos Aires: FCE.

de *goce* (siguiendo a Lacan con la investidura radical). La heterogeneidad es concebida como unicidad fallida, y en tanto irreductible a cualquier homogeneidad:

no está simplemente ausente, sino presente como aquello que está ausente... La forma fenoménica de esta presencia/ausencia radica en que, como hemos visto, los diversos elementos del conjunto heterogéneo van a estar *sobredeterminados o investidos diferencialmente*.¹¹ (Laclau, 2005: 277).

Que la heterogeneidad implique la investidura de los elementos que integran la “unicidad” de lo social, tendrá que ser leído en términos de *investidura radical*. Es decir que en las identidades populares no sólo están contenidas las dimensiones del afecto en términos de identificaciones e idealizaciones, sino que en la “materialidad” misma de ese armado está incluida la dimensión del *goce*. Si bien “no hay nada en la materialidad de las partes particulares que predetermine a una u otra a funcionar como totalidad [...] una vez que una parte ha asumido tal función, es su misma materialidad como parte la que se vuelve una fuente de goce.” (Laclau, 2005: 147-148).

Laclau y Bataille coincidieron en concebir la heterogeneidad como un exceso que implica una dimensión afectiva: *investidos diferencialmente*, que provocan reacciones afectivas encontradas de fascinación y rechazo. Sin embargo, hay una divergencia fundamental en la concepción de estos dos autores, mientras que para Bataille la heterogeneidad es dialectizable por el campo homogéneo, para Laclau la heterogeneidad social no se puede superar dialécticamente: “la heterogeneidad es primordial e irreductible, se mostrará a sí misma, en primer lugar, como *exceso*. Este exceso, como hemos visto, no puede ser controlado con ninguna manipulación, ya se trate de una inversión dialéctica o de algo semejante.” (Laclau, 2005: 277).¹²

Hay un último aspecto que quisiéramos comentar para abonar al desarrollo de una “teoría de la afectología”. Volvamos a la impronta Heideggeriana de Marchart y a cómo desarrolló de manera magistral en diversos textos la noción de diferencia política¹³ (la diferenciación conceptual entre lo político y la política), que permite ver que siempre estamos parados sobre fundamentos parciales porque:

(...) nuestro mundo social no puede estar basado en un terreno firme o principio último, ni tampoco completamente carecer de terreno o principio alguno (en la medida en que no vivimos en un vacío) -más bien se basa en lo que Judith Butler llama “fundamentos contingentes” (Butler: 1992). Estos fundamentos serán plurales, siempre estarán establecidos temporariamente, pueden ser revertidos y tendrán que ser

¹¹ El énfasis añadido es nuestro.

¹² Desarrollamos ampliamente la lectura psicoanalítica de afecto en relación con la heterogeneidad en: Biglieri, Paula and Perelló, Gloria (2019), “Populism”, Stavrakakis, Yannis, *The Routledge Handbook of Psychoanalytic Political Theory*, London/New York, Routledge, pp. 330-340.

¹³ Ver por ejemplo: Marchart, Oliver (2007), *Post-Foundational Political Thought. Political Difference in Nancy, Lefort, Badiou and Laclau*, Edinburgh University Press.

establecidos en conflicto con otros intentos fundacionales - lo que le da sentido a que a las teorías que registran la naturaleza contingente y aún necesaria de los fundamentos sociales sean descritas como posfundacionales en lugar de antifundacionales. La contingencia, como término técnico para la ausencia fundamental de un fundamento último, no implica que las sociedades puedan arreglárselas sin fundamentos, principios o normas. Sólo significa que ninguna de estas normas puede arrogarse para sí tener una validez supertemporal o trascender el mundo de las relaciones sociales. Cada norma, terreno o principio puede siempre ser desplazado, potencialmente al menos, por otras normas, terrenos y principios en conflicto. (Marchart: 2018, 14-15).

Si estamos parados sobre un constante movimiento de fundamentación y desfundamentación que sólo permite alcanzar fundamentos parciales, nos parece decisivo considerar qué hay allí en la institución de tal o cual fundamento parcial (más allá de que sean siempre precarios, pasibles de ser revertidos y siempre cuestionables). Las preguntas son, ¿por qué se impone un cierto fundamento (parcial) y no otro? ¿Qué es lo que hace que entre diversos proyectos fundacionales en pugna prevalezca uno y no otro? Que se imponga una particularidad como fundamento y no otra, no es caprichoso ni azaroso, sino contingente y está estrechamente ligada a la cuestión del afecto. Por este motivo creemos necesario complementar los argumentos de Marchart con los de Perelló (2017)¹⁴, ya que ese juego constante entre fundamentación y desfundamentación no está gobernado ni por la accidentalidad, ni por el azar, sino por la contingencia aquí entendida como el cruce entre el azar y la intencionalidad del sujeto, en el momento de la decisión en un terreno indecible. Se trata pues de entender la contingencia más allá de su mera definición técnica (ausencia fundamental de un fundamento último) y de diferenciarla del puro azar (impolítico) para dar lugar al sujeto.

Laclau en diversos textos (1990, 1996¹⁵) distinguió la contingencia del azar, de la arbitrariedad y de la accidentalidad, afirmó que la contingencia no debe ser confundida con los atributos de equivocidad y ambigüedad del significante en cuanto tal y también sostuvo que la institución de un determinado fundamento parcial (significante vacío) no es ni necesaria (no responde a ninguna determinación causal necesaria), ni caprichosa (el fundamento parcial no puede ser cualquier parcialidad o el significante vacío no puede ser cualquier significante), sino que es contingente. Además, le otorgó precisión a su noción de contingencia al introducir el concepto de dislocación y definirla como la fuente de la libertad (es ese hiato que está libre de determinaciones necesarias) y, al mismo tiempo, como el lugar del sujeto (por ser el momento de la decisión más allá de las determinaciones estructurales, una decisión contingente tomada a partir de una estructura indecible). La contingencia

¹⁴ Perelló, Gloria (2017), "Causa, necesidad y contingencia, algunas implicaciones políticas", *Memorias. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*, Buenos Aires, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, 4, 242-246.

¹⁵ Laclau, Ernesto (1996), "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?", *Emancipación y Diferencia*, Buenos Aires, Ariel, pp. 69-86.

radical que enfatiza Laclau se apoya en la crítica a la relación entre subjetividad y política entendida como relación automática, comandada por la lógica de la necesidad. La dislocación como fuente de libertad abre paso a la decisión que hace “posible el precario equilibrio de la hegemonía, pues sin ello, la contingencia de la decisión que es el sujeto, quedaría convertida en pura accidentalidad, en puro azar impolítico.” (Laclau, 1997: 14)¹⁶.

Si prestamos atención encontramos que esta misma cuestión es la que asumió Lacan al pensar la *causalidad psíquica*.¹⁷ Una aproximación ligera a esta propuesta de Lacan podría concluir que el psicoanálisis contribuyó a reducir el escaso margen de libertad al postular determinaciones inconscientes que intervienen en la formación de síntomas y actos, en esta versión todo sería coerción de la estructura, pura repetición automática y si queda una elección posible sería siempre forzada. Sin embargo, hay otra versión que es la de lo real del acto de elegir como momento de la decisión que no está sujeto a determinaciones. Ahora bien, en lugar de determinaciones Lacan va reconducir su mirada hacia la causa, una causa no necesaria. Tomó del vocabulario de Aristóteles en torno de las causas accidentales los términos *tyché* y *automaton* para referirse a dos formas distintas de la repetición “que se traducen impropriamente por azar y fortuna.” (Lacan, 1964: 60). El *automaton* (puede verse en el aspecto de la repetición-espacialidad que Marchart analizó en torno al Fort/Da de Freud, se refiere al funcionamiento automático de la cadena significante (que responde al mecanismo lingüísticos de metáfora y metonimia, como también a leyes matemáticas) sin la incidencia del sujeto, esto es, *lo que no cesa de escribirse* fallidamente (esta es, para Lacan, la definición de necesidad lógica, lo que repetitivamente se escribe fallidamente). Mientras que la *tyché*, por el contrario, no tiene lugar en la red significante, es lo inasimilable del trauma que *no cesa de no inscribirse* (es la definición de lo imposible lógico, lo que repetitivamente *insiste* en su no inscripción). Lo que queremos resaltar es que Lacan con la *tyché* introduce otro aspecto de la repetición (que va más allá de la exploración que Marchart hace del Fort/Da) en la que está en juego la dimensión pulsional, esto es, el afecto. De manera tal de que la *tyché* excede la mera repetición simbólica, sino que involucra allí mismo al sujeto como ese exceso pulsional, heterogéneo, que no entra en lo simbólico, que además insiste en no entrar y que es lo que pone en marcha el trabajo de simbolización, en definitiva, es el afecto lo que hace que se instituya un determinado fundamento parcial y no cualquier parcialidad. Por esto Lacan define a la *tyché* como un *encuentro* -siempre fallido- con lo real contingente que pone en juego la intención del sujeto. (Lacan, 1964: 62). La *tyché* no es el puro azar y como se trata de algo del orden de un *encuentro* el término más apropiado es el

¹⁶ Laclau, Ernesto. (1997). *Hegemonía y Antagonismo; el imposible fin de lo político. (Conferencias de Ernesto Laclau en Chile)*. (S. Villalobos, Ed.) Santiago de Chile: Cuarto Propio.

¹⁷ Lacan, Jacques, (1964), *El Seminario. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires: Editorial Paidós, 2003.

de contingencia: es un encuentro entre el azar y la intención del sujeto –es decir, se trata en todo caso de una intención (que no es una mera intención de un sujeto que posee una identidad positiva) que involucra el aspecto pulsional, el afecto. Nosotras creemos que yace aquí la base para el encarar el desafío que propone Marchart de desarrollar una “teoría de la afectología”.

Decíamos al comienzo de este escrito que el texto de Marchart es de indispensable lectura, lo volvemos a reafirmar. Nosotras apenas hemos abordado algunos pocos aspectos, por eso queremos decir que nuestro breve escrito no hace justicia a la experiencia de la lectura del libro de Marchart porque, con miras a alimentar el debate, privilegiamos los puntos en donde encontramos ciertas disidencias y nos quedaron afuera diversas cuestiones en las que coincidimos e hicieron temblar nuestra perspectiva y ampliaron nuestro modo de acercamiento, baste con mencionar ejemplo, la ética intelectual y el carácter de acto del pensar, la distinción entre Antagonismo y antagonismos, su provocativa lectura del peronismo como uno de los momentos fundacionales de la historia de los Estudios Culturales, su insistencia en cómo el populismo de Laclau encapsula la racionalidad política *tout court*, su fina dilucidación de la mínima política. Gracias Oliver Marchart por tan bello texto.